

Orgullo versus humildad



3ª SEMANA **1**

inTro

Sentirse orgulloso

Todos conocemos a personas con un gran ego, que piensan que nunca se equivocan. Quizá quieren tener el control y nunca están dispuestas a aceptar instrucciones ni críticas constructivas. O tal vez parecen estar constantemente en conflicto o son expertas en menospreciar a los demás.

Orgullo. Al pensar en esta palabra, tal vez lo que te viene a la mente es un político arrogante, una persona rica o famosa, o un pavo real. Tendemos a pensar inmediatamente en otro, pero la verdadera pregunta es: ¿y yo? Al señalar con el dedo a otros no queriendo ver el orgullo en nuestra propia vida, nos autoengañamos.

Todos hemos tenido problemas de orgullo, de sentirnos más importantes o mejores que los demás. Todos hemos experimentado el deseo de parecer, actuar o hablar mejor que las personas que nos rodean, porque creemos que somos mejores que ellas, al menos en algún aspecto. Sin embargo, el orgullo es un sentimiento en el que no se puede ni se debe confiar. El orgullo surge del deseo de demostrar que nuestra vida tiene valor, pero ¿acaso no sabemos ya que nuestra vida tiene valor porque Dios nos creó y Jesús murió por nosotros?

El orgullo comenzó con Lucifer, el querubín protector, que estaba al servicio de Dios. Vemos que Satanás es lo opuesto a Dios (compara Isaías 14: 12-14 y Filipenses 2: 5-11). No sabemos cuándo ni cómo esos pensamientos egoístas se infiltraron en su corazón, pero sí sabemos que esos pensamientos fueron los que llevaron al universo a la realidad que conocemos como el gran conflicto. Nuestro mundo ha tenido que enfrentar las consecuencias del pecado desde que Sata-

nás sembró la duda en la mente de Adán y Eva y luego los tentó a amarse a sí mismos y a confiar en sí mismos por encima de Dios.

El mundo recompensa el orgullo. En la cultura popular, los cantantes, los comediantes y los artistas con los egos más inflados son los que llegan más lejos. En el mundo de los negocios y de la política, la gente admira a las élites más arrogantes. Ser humilde y mostrar amor es contracultural. Cada uno de nosotros debe decidir qué principios elegimos abrazar. En última instancia, cada persona debe decidir si quiere estar llena «del amor del Padre» o «de la vanagloria de la vida» (1 Juan 2: 15-16, RV95).

¿Puede el orgullo ser positivo? Obviamente, no en un contexto de exaltación propia, pero sí podemos usar la palabra de forma positiva cuando hablamos de los logros de otra persona o en el contexto de un profundo agradecimiento por algo que alguien ha hecho («¡Estoy muy orgulloso de ti!»). Es importante comprender que buscar la excelencia y reconocer y apreciar los dones y habilidades que Dios te ha dado no es necesariamente ser orgulloso. Según las Escrituras, existe un tipo adecuado de amor propio —piensa en el mandato de Jesús en Marcos 12: 31 de amar a los demás como nos amamos a nosotros mismos—, pero siempre se trata de un amor desinteresado. El orgullo está ausente cuando las personas tienen la presencia de Dios en su vida y tienen una dirección con propósito (ver 1 Timoteo 3: 1). Por otro lado, el orgullo se manifiesta cuando las personas no le dan a Dios la gloria por lo que él está haciendo en su vida.

Debemos ser cuidadosos de nunca olvidar que nuestras posesiones, capacidades y logros no determinan nuestro valor. Nuestro valor siempre debe provenir de Dios, porque todo lo que tenemos, incluso aquello que nos alienta al orgullo, proviene únicamente de él. Esto es algo que siempre debemos tener presente.

Esta semana analizaremos el impacto que el orgullo puede tener en nuestras relaciones con Dios y con los demás, y veremos lo que la Biblia nos enseña sobre tener humildad en nuestras relaciones interpersonales y, por supuesto, en nuestra relación con Dios.

Escribe Lucas 18: 9-14 de tu versión preferida de la Biblia. ¿Qué piensas de estos dos personajes? ¿Qué pensaba Jesús de ellos? ¿Con cuál te identificas más? ¿Qué importante lección hay aquí para nosotros?



3ª SEMANA **2**

inTerioriza



Conócete a ti mismo

Dos hombres van a la iglesia a orar. Uno, un primer anciano respetado, se pone de pie antes de que comience el culto, en la parte delantera de la iglesia, para que todos puedan verlo. Ora en voz alta para dar gracias a Dios por su bondad. El otro, un marginado de la sociedad, se coloca en la parte de atrás de la iglesia. Sus ojos están nublados por las lágrimas debido al peso del pecado que carga sobre los hombros. Se arrodilla y susurra con desesperación: «¡Por favor, Señor, ten piedad de mí, que soy un pecador!».

Nos resulta muy fácil autoexaltarnos. A veces se nos vuelve natural hacer saber a los demás nuestros logros y lo buenos que somos. No obstante, en sí mismas, estas cosas no influyen en nuestra reputación a los ojos del cielo. De hecho, la base de nuestra reputación en el cielo es completamente contraria a lo que podríamos pensar, porque todo el que «se engrandece, será humillado; y el que se humilla, será engrandecido» (Lucas 18: 14).

El fariseo arrogante, al igual que el primer anciano de la ilustración anterior, se jactaba de su supuesta rectitud y despreciaba a las personas cuya devoción religiosa parecía ser inferior a la suya. Sentía que merecía las bendiciones del cielo. Debido a sus muchas buenas obras, sentía que su salvación estaba asegurada. Pensaba que la gente debía admirar lo religioso que era. Era como otros escribas de su época, a los que les gustaba andar con ropas largas, y querían que los saludaran con todo respeto en las plazas. Buscaban los asientos de honor en las sinagogas y los mejores lugares en las comidas (Lucas 20: 46). Por el contrario, el recaudador de impuestos (el marginado de nuestra historia) reconocía su condición pecaminosa y sabía que no merecía ninguna bendición del cielo. Confiaba en la misericordia de Dios. No podía haber un mayor contraste entre la forma en que estos dos hombres se veían a sí mismos.

En esta historia, Jesús presenta un reino al revés, es decir, contrario a lo que esperaríamos. El hombre que se cree salvado está perdido; el hombre que admite su indignidad está salvado. «Cristo puede salvar únicamente al que reconoce que es pecador» (Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 13, p. 125). Cuando nos damos cuenta de nuestro verdadero estado de pecaminosidad y de nuestra deses-

perada necesidad de Cristo, podemos acudir a él con la confianza de que, «si confesamos nuestros pecados, podemos confiar en que Dios, que es justo, nos perdonará nuestros pecados y nos limpiará de toda maldad» (1 Juan 1: 9). Cuanto más nos acercamos a Cristo, más nos damos cuenta de nuestra pecaminosidad e indignidad. «Hay una sola forma en que podemos obtener un verdadero conocimiento del yo. Debemos contemplar a Cristo. La ignorancia de su vida y su carácter induce a los mortales a exaltarse en su propia justicia» (*Ibid.*, p. 126).

Entonces, ¿qué piensa Dios de los orgullosos? 1 Pedro 5: 5 nos dice que «Dios se opone a los orgullosos, pero ayuda con su bondad a los humildes». No puede estar más claro.

¿Cuándo fue la última vez que experimentaste la gracia de Dios? (De hecho, deberíamos experimentarla a diario). También debemos mostrar gracia a los demás. Dedicar ahora mismo un tiempo a la oración. Pídele a Dios que te humille bajo su poderosa mano, para que solo él te exalte a su debido tiempo.

Escríbelo aquí





3ª SEMANA **3**

inTerpreta



Problemas con lo más elemental

Los escribas y los fariseos no eran los únicos que tenían problemas de actitud. Los propios discípulos de Cristo tenían un problema de orgullo y de ambición egoísta. Aunque llevaban años junto al humilde Jesús, seguían clamando por la supremacía.

Imagina que eres uno de los discípulos de Cristo. Viajas con él, comes con él, duermes cerca de él y aprendes de él mientras transforma innumerables vidas, incluida la tuya. Las multitudes se agolpan a su alrededor y te das cuenta de lo especial que es que te haya elegido para ser uno de los doce más cercanos a él. Entonces empiezas a preguntarte: ¿quién es el más grande entre los discípulos?

Los sentimientos de celos entre los discípulos se intensificaron hacia el final del ministerio de Jesús. Aunque intentaban ocultarlo, no podían mantener en secreto su rivalidad. Para su disgusto, Jesús los confrontó por aquellas disputas. Algo tenía que cambiar en el corazón de ellos para que pudieran cumplir la misión que Jesús les había encomendado (ver Lucas 22: 24-27). Poco antes de la muerte de Cristo, los discípulos seguían teniendo problemas con las cuestiones más elementales. Cada uno quería demostrar que era mejor que los demás. Uno podría pensar que, después de tanto tiempo cerca de Jesús, lo último sobre lo que discutirían sería sobre quién era el más grande. Pero no fue así.

En lugar de estar contentos con su llamamiento, se apoderó de su corazón un orgullo tal que cada uno se creía mejor que los demás. Es fácil permitir que tales pensamientos dominen la mente, pero se nos dice que «no hay nada que ofenda tanto a Dios, o que sea tan peligroso para el alma humana, como el orgullo y la suficiencia propia. De todos los pecados es el más pernicioso, el más incurable» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 13, p. 122). Esto es muy serio. El orgullo ofende a Dios más que cualquier otra cosa, y es un rasgo de carácter difícil de superar porque a menudo no lo vemos como lo que es. En nuestro estado de autosuficiencia, elegimos no autoevaluarnos, porque no vemos la necesidad de hacerlo. Necesitamos detenernos, autodiagnosticarnos y pedirle a Dios que nos abra los ojos a nuestro verdadero estado, porque tal vez

el orgullo sea el factor número uno que nos impide tener una relación estrecha con él en este momento. Incluso si llevamos años sirviendo a Dios día y noche, tal vez, como los discípulos, todavía tenemos problemas con lo más elemental. El orgullo es una tentación para todos; nadie está exento.

Solo Dios puede hacer la obra de eliminar el orgullo y el egoísmo de tu alma. Haz una pausa y eleva esta oración: «Señor, toma mi corazón; porque yo no puedo dártelo. Es tuyo, mantenlo puro, porque yo no puedo guardarlo por ti. Sálvame a pesar de mi yo, mi yo débil y que no se parece a Cristo. Modélame, fórmame, elévame a una atmósfera pura y santa, donde la rica corriente de tu amor pueda fluir por mi alma» (*Ibid.*, p. 127).

Esríbelo aquí





3ª SEMANA **4** **inVestiga**



¿Cómo nos ayudan los versículos siguientes a comprender mejor nuestra verdadera condición y la necesidad que tenemos de ser humildes?

Reconocer nuestra
verdadera condición:

Romanos 3: 23

Romanos 7: 24

1 Timoteo 1: 15

La recompensa de los humildes:

Salmo 25: 9

Salmo 149: 4

Mateo 23: 11-12

Lucas 14: 7-11

Santiago 4: 6-10

¿Qué otros versículos vienen a tu mente en relación con la historia de Lucas 18: 9-14?

Escríbelo aquí





3ª SEMANA **5**

inVita



Contémplo

En marcado contraste con la creencia de los discípulos de que eran superiores y con su deseo de ser reconocidos como tales, vemos a Jesús, el ejemplo supremo de humildad. Jesús, que dijo: «Yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lucas 22: 27). Jesús, que cada día se entregaba a los necesitados que lo rodeaban porque estaba lleno de compasión y veía a las multitudes como ovejas sin pastor. Sabía que la humanidad lo necesitaba más que ninguna otra cosa en la vida, aunque pocos se dieran cuenta de esta sencilla verdad. Jesús, que renunció al cielo para morir por toda la humanidad con la esperanza de que comprendieran su acto de gracia y respondieran a su invitación a tener una relación con él.

Jesús vino a esta tierra para mostrarnos un nuevo camino. Lo hizo todo. Lo soportó todo. Renunció a la seguridad del cielo, se humilló voluntariamente para convertirse en el más bajo de lo bajo: un simple siervo, un criminal injustamente condenado que sufrió una muerte de lo más humillante (ver Filipenses 2: 3-8). Incluso en sus momentos más intensos de sufrimiento y soledad, prestó poca atención a sí mismo o a su dolor. Su corazón estaba centrado en aquellos a quienes amaba y quería salvar. No fue a la cruz para exaltarse a sí mismo; fue a la cruz para exaltarnos a nosotros. Se humilló para que nosotros pudiéramos ser exaltados.

Cuando nos detenemos lo suficiente para contemplar a Jesús, para contemplarlo de verdad, no podemos evitar darnos cuenta de nuestra impureza, nuestra inmundicia y nuestra desesperada necesidad de él en nuestra vida. Cuando lo contemplamos, todo lo demás, especialmente nosotros mismos y nuestra percepción de grandeza, se desvanecen en una completa insignificancia. Quién es Jesús, lo que ha hecho y cuánto ama a su creación pasa a ser lo más importante. El yo desaparecerá cuando lo contemplemos a él.

Jesús. ¡Qué nombre tan hermoso y poderoso! Él es el epítome de la humildad. Cuando, con corazón receptivo, aprendemos de él; cuando comprendemos lo que ha hecho por nosotros; y cuando permitimos que nuestra mente asimile sus palabras de vida, nos damos cuenta de lo orgullosos y miserables que somos. Si los propios discípulos, que vivieron con él y aprendieron directamente de él, tuvieron problemas

orgullo, no podemos engañarnos pensando que nosotros somos diferentes. En última instancia, solo podemos crecer en nuestra relación con Jesús si somos humildes.

- ✓ Dedica ahora mismo un tiempo adicional a estar con él. Toma tu Biblia, un bolígrafo y un diario o un papel y busca un lugar tranquilo, tal vez al aire libre. Invita a Dios a que ablande tu corazón y te hable.
- ✓ Escribe el Salmo 138, palabra por palabra. Mientras escribes, ¿qué palabras te llaman especialmente la atención?

Escríbelo aquí





3ª SEMANA **6**

imPlícate



Lecciones de humildad

«**M**ientras más nos acerquemos a Jesús, y más claramente apreciemos la pureza de su carácter, con mayor claridad discerniremos la excesiva pecaminosidad del pecado, y menos nos sentiremos inclinados a ensalzarnos a nosotros mismos. Aquellos a quienes el cielo reconoce como santos son los últimos en alardear de su bondad».— ELENA G. DE WHITE, *Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 13, p. 127

«Antes de la honra viene la humildad. [...] El discípulo que más se asemeja a un niño es el más eficiente en la labor para Dios. Los seres celestiales pueden cooperar con aquel que no trata de ensalzarse a sí mismo sino de salvar almas. El que siente más profundamente su necesidad de la ayuda divina la pedirá; y el Espíritu Santo le dará vislumbres de Jesús que fortalecerán y elevarán su alma. Saldrá de la comunión con Cristo para trabajar en favor de aquellos que perecen en sus pecados. Fue ungido para su misión, y tiene éxito donde muchos de los sabios e intelectualmente preparados fracasarían.

»Pero cuando los hombres se ensalzan a sí mismos, y se consideran necesarios para el éxito del gran plan de Dios, el Señor los hace poner a un lado. Queda demostrado que el Señor no depende de ellos. La obra no se detiene porque ellos sean separados de ella, sino que sigue adelante con mayor poder.

»No era suficiente que los discípulos de Jesús fuesen instruidos en cuanto a la naturaleza de su reino. Lo que necesitaban era un cambio de corazón que los pusiese en armonía con sus principios. Llamando a un niño a sí, Jesús lo puso en medio de ellos; y luego rodeándole tiernamente con sus brazos dijo: “De cierto os digo que, si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”. La sencillez, el olvido de sí mismo y el amor confiado del niño son los atributos que el cielo aprecia. Son las características de la verdadera grandeza.

»Jesús volvió a explicar a sus discípulos que su reino no se caracteriza por la dignidad y ostentación terrenales. A los pies de Jesús, se olvidan todas estas distinciones. Se ve a los ricos y a los pobres, a los sabios y a los ignorantes, sin pensamiento alguno de casta ni de preeminencia mundanal. Todos se encuentran allí como almas compradas por la sangre de Jesús, y todos por igual dependen de Aquel que los redimió para Dios.

»El alma sincera y contrita es de gran valor a la vista de Dios. Él pone su señal sobre los hombres, no según su jerarquía ni su riqueza, ni por su grandeza intelectual, sino por su unión con Cristo. El Señor de gloria queda satisfecho con aquellos que son mansos y humildes de corazón».— ELENA G. DE WHITE, *El Deseado de todas las gentes*, cap. 48, pp. 411-412



3ª SEMANA 7

inQuiere



A medida que avanzamos en este estudio, es importante que nos involucremos y reflexionemos en todo lo que implica para nuestra fe y nuestra vida cotidiana. En la clase de Escuela Sabática (o en el grupo de estudio bíblico), utiliza el siguiente esquema de preguntas para dirigir un debate basado en el pasaje principal y en los versículos de apoyo de esta semana.

Actitudes opuestas:

- Compara a los dos adoradores. ¿Cómo se veían a sí mismos? ¿Cómo veían a los demás? ¿Y a Dios? (Lucas 18: 9-14).
- ¿Cómo resumió Jesús la lección de esta historia en Lucas 18: 14? ¿En qué otro lugar repitió este importante principio?
- ¿Por qué es tan importante que reconozcamos nuestra verdadera condición y nuestra gran necesidad cuando acudimos a Dios?
- ¿Qué ejemplos dio Jesús de formas en las que podemos humillarnos? ¿Cuáles son los peligros de autpromocionarnos? (Lucas 14: 7-11).

Reflexión personal: ¿Qué oportunidades tenemos hoy para poner a los demás en primer lugar?

Lecciones difíciles:

- Incluso después de estar con Jesús durante más de tres años, ¿de qué maneras seguían los discípulos teniendo problemas de orgullo y autpromoción? (Lucas 22: 24-27).
- ¿Cuánto habrían podido lograr los discípulos para Dios si se hubieran negado a aprender las lecciones de humildad? ¿Por qué? (Proverbios 29: 23).

Reflexión personal: ¿En qué medida crees que el orgullo y la ambición egoísta nos impiden recibir las bendiciones de Dios hoy?

El ejemplo perfecto:

- Tener una actitud humilde, ¿cambia nuestras relaciones con otras personas? ¿Cómo y en qué? (Filipenses 2: 3-4).
- ¿De qué manera es Jesús el ejemplo supremo de humildad y abnegación? (Filipenses 2: 5-8).

Reflexión personal: ¿Cuán diferente sería nuestro mundo si todos (naciones, empresas, escuelas, iglesias...) siguieran el ejemplo de Jesús?

Puntos clave para recordar:

- El orgullo puede ser uno de los mayores obstáculos para crecer en nuestra relación con Dios.
- Si nos sentimos autosuficientes y no nos damos cuenta de nuestra necesidad, descuidaremos nuestra relación con Dios y dejaremos de buscarlo.
- Jesús fue el hombre más humilde de la tierra y el ejemplo más perfecto de cómo tener una estrecha relación con Dios.